

to de nosotros mismos y del honor nacional, debe excitarnos á la guerra: tengo la seguridad de que si este país se mantiene en paz veinte años más, podrá desafiar en una buena causa á cualquiera potencia. Tan grandes serán entonces su poblacion, su riqueza y sus medios.»

Tan acertada política no pudo ménos de merecer al principio la aprobacion general. Dominados los ánimos por el deseo de la paz, vacilaban en manifestar una oposicion capaz de comprometerla. Pero las noticias de Europa llegaban y se difundian con pasmosa rapidez, y la liga urdida contra la Francia que atacaba los principios tutelares de América, la independencia y la libertad interior de las naciones, no dejó de infundir cierta alarma y ser manantial de obstáculos hasta para el mismo Washington.

Al frente de aquella liga estaba Inglaterra, odiosa como enemiga reciente, y á la cual por la misma razon se la miraba con recelo. Sus decretos, sus actos acerca del comercio de los neutrales y el alistamiento forzoso de los marineros, ofendian la dignidad y los intereses de los Estados- Unidos, y por lo tanto suscitáronse, con motivo de la gran cuestion de la neutralidad, otras bastantes para dar pretexto á la variedad de pareceres y la manifestacion de sentimientos. Respecto á algunas, como la restitucion de las presas marítimas y la del recibimiento que debía hacerse al enviado de la república francesa, el gabinete dejó de estar de unánime acuerdo. El embajador, Mr. Genet, llegó á Charleston, y desde este punto hasta Filadelfia su viaje fué una verdadera ovacion popular, segun la maña que se dió en prevenir los ánimos. Reuníanse á su tránsito las numerosas sociedades democráticas, le invitaron, le arengaron, le dedicaron los mayores obsequios, y los periódicos apasionados se encargaron de esparcir con la mayor rapidez la relacion de aquellos festejos y las noticias de Francia más entusiasmadores. La pasion pública subió de punto por momentos.

Mr. Genet, deseando arrastrar á la guerra á los Estados- Unidos, en favor de su patria, creyóse autorizado para atreverse á todo, y en estado de salir bien de todo, distribuyó contraseñas, alistó americanos, armó corsarios, distribuyó presas, obró como absoluto soberano en aquel territorio extranjero, en nombre de la fraternidad republicana, puesta en accion á medida de su deseo.

Washington usó al principio de su habitual prudencia, y mostróse hasta cierto punto sufri-

do, ó tolerante; pero en virtud de la audaz insistencia de Genet, pronto tuvo que decidirse á reivindicar los derechos del poder nacional.

Genet entonces emprendió abiertamente una lucha con él; mantuvo sus pretensiones, se desató en injurias, fomentó la sedicion, amenazó hasta con invocar al pueblo contra un presidente que faltaba á sus deberes y á la causa general de la libertad, cometió en fin un sinnúmero de insolencias y desafueros inconcebibles que exigian la consiguiente reparacion.

Ningun otro ha sido más circunspecto que Washington en el ejercicio del poder, ni más cauto en obrar y contraer compromisos; pero tampoco ningun otro ha sido más fiel en el cumplimiento de su palabra, más exacto en la realizacion de sus designios, ni más firme en hacer que se respetaran sus derechos. Era presidente de los Estados- Unidos de América; en su nombre y en virtud de su Constitucion habia proclamado la neutralidad, y la neutralidad debía ser tan verdadera y respetada como su poder.

Sin duda alguna la Francia contaba en el territorio americano numerosos amigos, y entre ellos figuraba el mismo Washington; pero creyó que debía resistir á las inclinaciones de su corazon y al ardor de sus conciudadanos, y, rechazando con todas sus fuerzas, á riesgo de su popularidad, la idea de una guerra que le parecia funesta á los intereses del país, hizo que prevaleciera aquel principio de su política salvadora.

En cinco reuniones sucesivas, dió á conocer á su ministerio toda la correspondencia, todos los documentos concernientes á aquella extraña lucha con el embajador francés, y el ministerio decidió por unanimidad que debía pedirse á su gobierno su inmediata sustitucion. Genet fué reemplazado.

Washington triunfó de la opinion del país. Los federalistas, indignados, se estrecharon en torno suyo; muchos demócratas habian desertado de las filas de Genet, á causa de sus pretensiones y sus trasportes, y Jefferson fué el primero que colocóse sin vacilar al lado de su presidente.

Al manifestarse una reaccion tan favorable, hubiérase creído que la lucha habia terminado; pero la fiebre revolucionaria habíase despertado de tal modo, que no podia calmarse con la salida del plenipotenciario francés. En vez de la reconciliacion de los ánimos, del sosiego de las pasiones, de la prosperidad y tem-

planza general que disfrutaba poco ántes la república americana, los dos partidos que se encontraban frente á frente, se mostraron más separados é irritados que nunca, decididos á hacerse la guerra más irreconciliable. Léjos de limitarse la oposicion á censurar la administracion, las medidas rentísticas, alguna aplicacion dudosa de los poderes legales, encubria en su seno, en las sociedades democráticas, en los periódicos, entre el enjambre de extranjeros que inundaba el país, una verdadera faccion revolucionaria, ansiosa de introducir la perturbacion en el país y el gobierno, para reconstituirlo sobre otras bases, adaptables á una política esencialmente anárquica.

En tal situacion, Washington escribia á Lafayette: «Existe en los Estados Unidos un partido que combate todas las disposiciones del gobierno, y poniendo obstáculos á su manera, quiere cambiar indirectamente su naturaleza y anular la Constitucion. Se han intentado todos los medios para llegar á este fin. Los amigos del gobierno que desean mantener la neutralidad y la paz, son llamados monárquicos, aristócratas, violadores de la Constitucion, que, segun ellos, no es más que una mera cifra, un vano nombre. Se jactan de ser los únicos amigos de la Francia, mientras en realidad se cuidan de ella lo que del Gran Turco, y sólo aman lo que les interesa. Acusan á sus adversarios, hombres de principios puramente americanos, y que aspiran á la estricta observancia de la neutralidad, de estar vendidos á Inglaterra, y dejarse arrastrar de sus consejos.... Si la conducta de semejante gente se mira con indiferencia; si unos son activos y falsos, mientras otros se entregan á la apatía; los extranjeros, intrigantes ó descontentos, que han venido aquí por haberse indispuesto con su gobierno, ó mejor dicho, con todos los gobiernos; aumentará de día en día su partido, y sólo Aquel que todo lo sabe, puede prever las consecuencias (1).»

En tan graves circunstancias, Jefferson, que se hallaba poco dispuesto á sostener la lucha, quiso salir decididamente del ministerio.

El país se hallaba en un estado de fermentacion espantoso; los condados occidentales de Pensilvania no querian pagar el impuesto sobre las bebidas espirituosas; en Kentucky y la Georgia belicosas insurrecciones, suscitadas quizás desde el extranjero, amenazaban invadir la Luisiana y las Floridas, y promover escisiones

con España. La guerra de los indios continuaba difícil y dudosa. La Cámara de Representantes andábase remisa en aprobar la política exterior, y elegía su presidente entre la oposicion con una alarmante mayoría.

Inglaterra deseaba la paz con los Estados- Unidos; pero ya fuese que no esperase el triunfo de la política de Washington, ó ya que cediera al impulso de su política general, ó quizá aún por arrogante desprecio, lo evidente es, que continuaba dictando medidas cada vez más vejatorias contra el comercio americano, y con esto aumentaba la irritacion de un modo funesto.

A propósito de esto último, escribió Washington á Patricio Henry: «No es la menor de nuestras dificultades haberse desarrollado con más fuerza, en esta crisis, el espíritu dominante de la Gran Bretaña, dando armas á los descontentos y exacerbando á los amigos de la paz con la conducta injuriosa de algunos de sus empleados (2).»

Como se ve, indicaba los obstáculos esparcidos en torno suyo, pero sin intencion de prevalerse de ellos para debilitar su política ó encarecer su mérito: pensaba separarlos sin hacer el menor alarde.

Y en efecto: cuando los mismos federalistas vacilaban y el partido democrático parecia hallarse más persuadido de su triunfo, y presentábanse en el Congreso proposiciones contra Inglaterra, que inducian á creer que era de todo punto inevitable un rompimiento, Washington anunció de improviso al Senado la eleccion de Juan Jay, uno de los principales federalistas, como enviado extraordinario cerca de la corte de Lóndres, á fin de intentar la vía pacífica de las negociaciones.

El Senado aprobó sin vacilar aquel nombramiento. La oposicion, que queria la guerra, porque con la guerra esperaba un cambio radical en la política, puso el grito en el cielo. Continuando los negocios en el mismo estado, podian lograr su objeto: en una situacion tan apurada, en medio de tan exacerbados rencores, el menor accidente podia dar principio á las hostilidades. La repentina resolucion de Washington cambiaba el resultado de los acontecimientos.

A fin de dar á sus negociaciones la autoridad de un poder sólido y fuerte, al propio tiempo que dejaba en el exterior frustradas las espe-

(1) Writings, tom. XI, pág. 378.

(2) Writings, tom. XI, pág. 390.

ranzas de sus adversarios, Washington decidió reprimir en el interior sus tentativas. La resistencia de algunos condados de Pensilvania al pago del indicado impuesto sobre las bebidas espirituosas, se había convertido en seria rebelion. Washington manifestó su firme resolución de hacer ejecutar las leyes, y al efecto convocó las milicias de Virginia, Maryland, Nueva Jersey y la misma Pensilvania, marchó á aquellos puntos, decidido á tomar el mando, y no volvió á Filadelfia hasta cerciorarse de que los rebeldes no se atreverían á sostener el ataque, los cuales se dispersaron á la presencia del ejército.

Washington tuvo ocasion de experimentar, con motivo de tal acontecimiento, una de esas alegrías profundas, concedidas á veces en los países libres al hombre de bien que lleva con firmeza la carga del gobierno. En todas partes, y principalmente en los Estados más próximos á los insurrectos, comprendieron el peligro y la obligacion de ayudarle á hacer respetar las leyes. Los magistrados mostráronse decididos é intrépidos, la milicia solícita, la opinion pública suficientemente abierta para imponer silencio á las hipócritas sutilezas de los partidarios de la rebelion, y Washington pudo llenar satisfactoriamente su deber, con el apoyo del país y el general aplauso.

Pero en medio de aquella justificada alegría, nuevas y amargas pruebas se le preparaban. Por aquel mismo tiempo sus compañeros de glorias y fatigas decidieron abandonar el ministerio. Hamilton, expuesto á un odio que cada día iba en aumento, despues de sostener la lucha en cuanto lo requería el buen éxito de sus designios y el honor propio, se retiró para pensar por último en sí mismo y en su familia; Knox hizo otro tanto y Washington se vió rodeado de hombres nuevos, si bien adictos á su política, pero mucho menos autorizados que sus predecesores.

En esto Juan Jay volvió de Lóndres trayendo el resultado de sus negociaciones, cuyo solo anuncio había levantado gran polvareda y encendió la indignacion en los ánimos.

El tratado no resolvía todas las cuestiones, no garantizaba todos los intereses de los Estados- Unidos; pero ponía término á las principales diferencias de ambas naciones, aseguraba la completa ejecucion, diferida hasta entónces por la Gran Bretaña, de las convenciones celebradas al reconocer la independencía, y preparaba el camino á nuevas y más ventajosas negocia-

ciones: en suma, era la paz, que atenuaba hasta los mismos males que dejaba existentes.

Washington, dotado del raro valor que consiste en elegir con firmeza una idea principal, y aceptar pacientemente las imperfecciones y los inconvenientes á ella anejos, no vaciló, y comunicó en seguida el tratado al Senado, que lo aprobó salvo una modificación que debía reclamarse de Inglaterra, con lo cual quedó la cuestion aún suspensa.

Siempre implacable la oposicion intentó un último esfuerzo. De Boston, Nueva-York, Baltimore, Jorge-Town y otros puntos se enviaron instancias desaprobando el tratado y pidiendo que el presidente no lo ratificase, y las masas populares de Filadelfia se sublevaron y recorrieron la ciudad llevando en la punta de un palo los artículos del tratado, que quemaron solemnemente delante de la casa del embajador y del cónsul de Inglaterra.

Washington, que había ido á pasar unos días en Monte Vernon, volvió apresuradamente á Filadelfia, y consultó á su ministerio sobre la ratificación incontinenti del tratado, sin esperar de Lóndres la modificación que el mismo Senado había creído necesaria.

Muy atrevido era el paso, y Randolph hizo varias objeciones; pero Washington se desentendió de ellas y ratificó el tratado, lo cual motivó la retirada de aquel ministro.

El gobierno británico no tuvo inconveniente en conceder la modificación pedida; mas quedaba la ejecucion, que requería providencias legislativas y la intervencion del Congreso, y renovóse la lucha en la Cámara de los Representantes.

La oposicion triunfó varias veces; pero Washington permaneció firme en nombre de la Constitucion que también invocaban contra él sus adversarios, y por último, al cabo de seis semanas, convencidos de la inflexibilidad del presidente, fatigados más bien que vencidos, cedieron por no romper la paz y se adoptaron, por una escasísima mayoría, las providencias necesarias para la ejecucion del tratado tan debatido y ruidoso.

Miéntas tanto, lo mismo en las reuniones públicas que en los periódicos, el furor de partido no tuvo límites. De todos lados llovían contra Washington peticiones, anónimos, invectivas, calumnias, amenazas y se atacó su integridad escandalosamente. Pero él se mantuvo firme, impasible, decidido á arrostrarlo todo, y concretándose á contestar á las peticio-

nes: «Nada tengo que decir; he dado á conocer mi dictámen acerca del tratado, ratificándolo. A su tiempo demostré los principios que me inducian á obrar así. No me agrada la diversidad de opiniones; pero si algunas buenas cualidades, manifestadas en el curso de una larga y trabajosa vida, me han merecido la confianza de mis conciudadanos, pueden estar seguros de que aquellas existen intactas y de que continuaré ejerciéndolas siempre que se trate del honor, de la felicidad y de la seguridad de nuestra patria comun (1).»

Y contestando á una carta de Jefferson, decia, refiriéndose á los agravios que por medio de la prensa le había inferido la oposicion: «Hasta estos últimos tiempos no creí posible que mis enemigos fueran capaces de llegar á semejante extremo, ni pude figurarme remotamente que miéntas yo hacia todos los esfuerzos imaginables para que se respetase nuestro carácter nacional, así como nuestra independencía, y en tanto que trabajaba para librar á este país de los horrores de la guerra, se me acusara de ser el enemigo de una nacion y estar sometido á la influencia de otra. No podía esperar tampoco que para probar esto se censurasen todos los actos de mi administracion, interpretando torcidamente mis intenciones, suponiendo en mí fines insidiosos sin que haya un motivo justificado para ello y desfigurando, por último, los hechos de una manera inconcebible, en términos tan groseros y soeces, que ni aún podrian emplearse al hablar de un Neron, ó del más infame de los hombres. Pero basta: he dicho más de lo que quería (2).»

Los hombres honrados, los amigos del orden y de la justicia, conocieron, al fin, que dejaban á su noble campeón sin defensa y expuesto á indignos insultos, y Washington recibió á su vez numerosas felicitaciones, adhesiones y cartas de agradecimiento. Y en virtud de que se aproximaba el término de su segunda presidencia, en todos los puntos de la Union, aún en los que la oposicion parecia predominar, manifestáronse grandes deseos de que aceptase por tercera vez la suprema magistratura.

Pero había formado su resolución, y esta vez debía ser irrevocable. Hamilton y otros varios de sus más íntimos amigos trataron de disuadirle, teniendo en cuenta el estado de los asuntos con Francia; pero ni siquiera quiso admitir

la discusion. Firme en su propósito, pensó en aprovechar aquella oportunidad para dirigir á sus conciudadanos las últimas palabras de despedida y sus paternales consejos.

Unos seis meses ántes de terminar el plazo de su administracion, acabó de redactar el precioso documento con el cual, al retirarse de la vida pública, quiso esparcir sobre el pueblo que durante ocho años había gobernado, los últimos rayos de su dilatada experiencia, en testimonio de su entrañable afecto y sin igual patriotismo, y del que extractamos los principales párrafos.

«Mis queridos conciudadanos: al acercarse el período en que se debe proceder á la eleccion del jefe del Estado, y llegado el momento de resolver á quién debeis confiar tan importante cargo, paréceme oportuno anunciaros mi resolución de retirarme para siempre de la vida pública, tanto más cuanto que puedo contarme en el número de aquellos en quienes pudiera recaer vuestra eleccion.

» Espero me hareis la justicia de creer que no he tomado esta resolución sin guardar ante todo las consideraciones que un buen ciudadano debe dispensar á su país. Al propio tiempo me complazco en aseguraros que al separarme de vuestro lado, no disminuye en nada el interés que me inspirais ni la gratitud que debo á vuestras bondades; me retiro convencido de que el paso que doy, tan necesario para mí, no puede ser censurado por vosotros.

» Me felicito de que el estado actual de los negocios, tanto interiores como exteriores, me permite realizar mi deseo sin faltar á las consideraciones que debo á mi patria....

» Harto conocidas son las circunstancias bajo las cuales me hicisteis el honor de conferirme el importante cargo que voy á renunciar, y sólo diré que en su desempeño obré siempre con las mejores intenciones, contribuyendo á la organizacion del Gobierno, sin omitir ningun esfuerzo para llevar á cabo mi ardua tarea.

» Llegado el momento de terminar mi carrera como hombre público, no puedo menos de reconocer la deuda de profunda gratitud que he contraído con mi querida patria por los muchos honores que tuvo á bien conferirme, por la ilimitada confianza que en mí depositó y por las ocasiones que me ha proporcionado de poder probar mi constante amor al país y prestarle mis servicios, que nunca podrán ser tan grandes como mi celo.... Permita el cielo que en vuestra futura administracion predominen la sabiduría, la virtud y la prudencia, que nada

(1) Writings, tom. XI, pág. 212.

(2) Spencer, tom. II, págs. 289-290.—Writings, t. XI, pág. 139.